

ICONOGRAFÍA BIOGRÁFICA DE GUIPUZCOA

Galería de retratos de Guipúzcoanos distinguidos, coleccionados, dibujados á pluma y expuestos con una relación compendiada de los hechos más culminantes de cada figura, por Francisco López Alén.

Si la historia antigua de Guipúzcoa, por lo enmarañada y obscura, es poco conocida de algunos de los cultivadores de una ciencia que huye siempre de las tinieblas y el misterio, es, en cambio, bien transparente y tan fidedigna como gloriosa la posterior, sobre todo la de no pocos de los hijos más esclarecidos de aquella provincia, pródiga de virtudes, no bien apreciadas ciertamente por sus apasionados, si no envidiosos adversarios. No hay, pues, que remontarse, para demostrarlo, á épocas, como acabamos de decir, en que se puedan tomar por fábulos ni aun por leyendas, actos de un orden que, por lo heróico en las diversas fases con que se revela el mérito, pueda considerarse extranatural; porque, desde el momento en que la historia ha roto el nebuloso velo que impedía penetrar en aquel dédalo de montañas sombrías y ásperas, casi inaccesibles, ha hecho ver en ellas hombres dignos de figurar en sus anales como los que se había esmerado en hacérnoslos tener por arquetipos de virtud, modelos de valor y patriotismo.

Digo esto á propósito de un libro que con el título de *Iconografía biográfica de Guipúzcoa*, acaba de escribir y publicar D. Francisco López Alén en la capital de aquella provincia, y cuyo examen y juicio me ha encomendado el ilustre Director de esta Real Academia. Ese libro contiene, según consta también en su portada, una *Gale-*

ría de retratos de Guipuzcoanos distinguidos, coleccionados, dibujados á pluma y expuestos con una relación compendiada de los hechos más culminantes de cada figura; constituyendo el total de la obra un volumen de 336 páginas en 4.^o mayor, con excelente papel y caracteres espaciosos y claros de imprenta.

No son nuevas las ideas ni la forma de tal obra; tan antigua es una de sus condiciones, la histórica, que por lo menos data del primer siglo de nuestra era en que Plutarco escribió las vidas de los hombres ilustres de Grecia y Roma. Idea tan excelente y forma tan afortunada como las del celeberrimo filósofo de Cheronea, tenían que ser adoptadas por cuantos se propusieran transmitir á sus contemporáneos, y á la posteridad después, el recuerdo de los hombres eminentes de su nación ó de la localidad donde habían visto la luz primera ó vivían, aun cuando no impusieran á sus escritos el carácter de *vidas paralelas* que les dió Plutarco para demostrar que en eso de notabilidades no era Grecia inferior á Roma. Y así *El Plutarco francés* y *El Plutarco de la Juventud* y mil otros libros dirigidos á exaltar el mérito de los personajes históricos que más hayan podido influir para la gloria y el progreso de sus respectivas nacionalidades. Esos libros son utilísimos para la enseñanza de la Historia, según se apliquen á la edad de cada hombre, á su condición social, á la carrera que emprenda ó al oficio que ejerza. Esta Academia tiene planteado el proyecto de un Diccionario de este género, y prestaría un gran servicio si llegara á terminarlo y darlo en seguida á la publicidad.

Pero, entretanto, todo trabajo, particular ó general, que tienda á satisfacer ese generoso é instructivo objeto, debe ser aplaudido y estimulado por la Academia, la que así como recompensa todo escrito especial y privativo de una provincia ó localidad, si ofrece verdadero interés histórico ó arqueológico y puede utilizarse para el fin que esta nuestra corporación persigue, del mismo modo debe apreciar esas que pudiéramos estimar como partes constituyentes de un monumento que la honraría sobremanera.

Ahora bien; el Diccionario del Sr. López Alén tiene un doble objeto, el de la reseña siquiera brevísima, de la persona cuya memoria se ha propuesto transmitirnos, y el de reproducir su imagen, según haya podido obtenerla en las investigaciones que sin omitir esfuerzo, constancia en el trabajo, ni gasto, ha necesitado practicar en los museos nacionales, en los establecimientos públicos de su provincia y

hasta en las casas particulares donde creyera encontrar originales ó copias que le mereciesen el concepto de auténticas. En esa labor, precisamente es en la que se ofrecerían al Sr. López Alén las mayores dificultades para acabarla lo completa y feliz que deseaba. Él mismo las explica en el proemio de su libro. «Claro es, dice, que esta labor que hoy veo impresa, no es completa; de algunas figuras guipuzcoanas que en estas páginas debían ocupar merecidamente lugar, me he privado con sentimiento, por la circunstancia de no haber dado los resultados que eran de desear las diversas investigaciones que con ese objeto practiqué repetidas veces».—«Nuestros paisanos *no se dejaban* retratar con la facilidad con que se hace en el día, no por carecer de los útiles rápidos que poseemos para el caso, sino porque cierta escrupulosidad predominante en aquella época, se hallaba en pugna con la reproducción del *yo físico*».—«He conocido, añade, en nuestros tiempos, ancianos que no se hubieran detenido un segundo ante una cámara obscura sin otro fin que el ser retratados».

¿Qué había de importarles el retratarse á los que como dice don Juan Carlos de Guerra en su Introducción al Nobiliario de Guipúzcoa, «lloviese ó nevase, ó ardiera el sol de la canícula, desnudos y descalzos fueron cuando niños á la escuela, los mismos que luego vistieron la beca de colegiales ó la cota de malla de guerreros para alcanzar las más altas dignidades de la Iglesia y del Estado?» No existían en Guipúzcoa ni en las otras provincias bascongadas esas grandes casas del interior de la Península, cuyos señores, poderosos en vasallos y bienes de fortuna, se envanecían, tanto como con su nobleza de muchos siglos atrás y lo espléndido de sus moradas, con las obras de arte que en ellas atesoraban y con la protección que dispensaban á los que con mayor lustre las producían. Fué necesario que pasase mucho tiempo para que las modestas viviendas de los bascongados, hechas para resistir los asaltos del enemigo en la lucha de los dos partidos que se disputaban la supremacía en la tierra euskara, mejor que para lucir los esplendores del lujo y sus refinamientos, comenzaran con los trofeos de las Navas y el Salado y los adquiridos en las raras veces de interrumpida guerra con los franceses en su frontera y con los ingleses en los mares del Norte, á recoger el fruto de las civilizaciones á que hasta entonces habían sido completamente ajenos.

Y hé aquí una de las mayores dificultades que ha encontrado el Sr. Alén para presentar su obra lo completa que deseaba. Para la par-

te biográfica podría hallar datos con que dar á conocer los hombres más ilustres de la provincia, aun cuando hubiera de designar con el carácter de leyenda la historia de algunos de los que debieron brillar en tiempos que, por lo remotos y por el aislamiento en que se halló el país de los demás, por próximos que estuvieran, pasan ó se les ha querido hacer pasar por fabulosos. La colección biográfica se haría así completa, como se considera la historia de algunas nacionalidades cuyos orígenes no son de nadie conocidos sino por hipótesis más ó menos aventuradas, por cálculos, sin otra base que el ingenio de sus intérpretes. Pero la parte iconográfica no tiene ni puede tener otra base que la de los monumentos todavía existentes ó recordados por medios gráficos de autoridad nunca disputada. Si, pues, un Diccionario biográfico ó una colección de biografías, que es la forma que el Sr. Alén ha impuesto á su obra, encuentra para su composición obstáculos muy difíciles de salvar, como todo trabajo histórico que comprenda edades diversas, el iconográfico tiene que hallarlos casi insuperables para que resulte suficientemente ilustrado; esto es, capaz de llenar las condiciones á que parece debe satisfacer en su unión sobre todo con el biográfico. De ahí esa deficiencia de que con nosotros se lamenta el autor de la *Iconografía biográfica*, en cuyo estudio y juicio estoy en estos momentos ocupando la atención de la Academia.

Es verdad que tampoco se ha hecho nada en aquella provincia por conservar cuidadosamente esos monumentos, que he dicho son la base de todo trabajo iconográfico; y no es que arranque de mí esa acusación sino que el mismo señor Alén la infiere y explica al trazar el apunte biográfico de D. Alonso de Idiaquez. «Si en nuestro país, dice, hubiera habido ¿por qué no decirlo? alguna inclinación á ésta clase de estudio tan importante y tan atendida en otros pueblos, no resultaría lo que pasa con los sepulcros que existieron en el altar mayor de la iglesia de San Telmo, uno de los pocos edificios de San Sebastián que merecen detenida visita, y que, sin duda por eso, no es objeto de los miramientos á que por interés histórico y artístico tiene justísimo derecho».—Pero no bastaba ese abandono, añade el señor Alén, y la indiferencia llegó á más; llegó á profanar los restos venerables de don Alonso de Idiaquez y de doña Engracia de Olazabal».

Hay que decir, además, que precisamente Idiaquez y su mujer fueron los fundadores de ese convento y del de monjas de la misma orden dominicana del Antiguo.

Si alguna prueba se necesitara de los servicios que deben prestar las *Comisiones provinciales de Monumentos* y presta afortunadamente la de Guipúzcoa, ahí están las investigaciones que en ese mismo convento, dedicado de años atrás á parque de artillería, y en varios establecimientos civiles y religiosos, se hacen incesantemente por aquel Cuerpo, auxiliar de esta Academia, con celo y con resultados que pueden acreditar la restauración del bellissimo templo de Guetaria y el descubrimiento de no pocas é importantes antigüedades

Cuarenta y cinco son las biografías contenidas en el libro del señor Alén, todas muy breves, como parece requerirlo el propósito de su autor, pues que de otro modo el trabajo alcanzaría proporciones que lo harían no solo de rara lectura, sino hasta inasequible en una provincia tan reducida y pobre. Entre ellas las hay de quienes no limitaron sus servicios á la de Guipúzcoa, sino que prestaron muy útiles y brillantes á la patria en general: Gastañeta, Urdaneta, Lezo, Oquendo—y sigo el orden en que los ha expuesto el señor Alén,—Idiaquez, Garibay, San Ignacio, Elcano, Legazpi, y más cerca de nosotros, en razón del tiempo, Echagüe el P. Lerchundi, Lersundi, Jáuregui, Churruca y Mendizabal, no son de los que vulgarmente suelen llamarse notabilidades de campanario, no, que toda España los conoce como servidores insignes que la honraron con sus heroísmos y talentos. Las armas y las letras, las ciencias, la política y la administración, tienen en ellos una representación digna y gloriosa: uno es el primero que da la vuelta al mundo; otros ponen á los piés del trono regiones extrañas y muy pobladas y feraces, conquistadas con un puñado de hombres; otros recorren los mares de la civilización hundiendo en las olas enemigos de la patria tan arrogantes como poderosos, piratas y filibusteros; los hay, en fin, que han brillado en las ciencias, las artes y las letras, si con resultados menos esplendorosos, con ventaja siempre, alguno fundando una sociedad que inunda el mundo con su santa doctrina, y alguno que entre los infieles ha tenido más nombre y mejor acogida que entre nosotros mismos. Y no es esa lista más extensa porque, según ya he procurado demostrar, el señor Alén en su empeño de unir en un solo trabajo la Iconografía y la Biografía, ha tropezado, como no podía menos, con el insuperable obstáculo de la falta de monumentos gráficos en un país donde se ha hecho mucho, pero se ha escrito y modelado poco. Que si no, allí ha habido hombres que el señor Alén no ha olvidado, pero sin poderlos presentar en su

libro, cuyos nombres lo habrían hecho harto voluminoso. Urbieta, el apresador de Francisco I en Pavía; Echaide, que había hollado el suelo americano en época que ahora llamamos precolombina; Butrón: el defensor de Fuenterrabía en 1638, y otros muchos que cual consigna en su proemio el autor, con tanto esplendor fulguraron en la historia de la provincia de Guipúzcoa, y que nosotros decimos que en la historia general de nuestra patria.

Creo haber ofrecido á la Academia, aunque en brevísimo resumen, la exposición de cuanto contiene el libro del señor López Alén, y voy ahora á dirigirle desde aquí un consejo para el caso de que haga una segunda edición, que, de seguro, no tardara en verse obligado á hacerla; tal interés ofrece su obra para la educación de la juventud en Guipúzcoa. Bien se ve que los retratos que nos presenta han sido reproducidos de originales, algunos, si no todos, de bastante mérito artístico, según el parecido que ofrecen los de personas que hayamos conocido en vida y según los rasgos con que el señor Alén ha procurado caracterizar el genio y la manera de hacer de los autores de tales trabajos pictóricos. Pero eso no basta; por más que se pueda tener por Iconográfica toda colección de imágenes ó retratos, la Iconografía, en la más genuina acepción de su significado, exige se representen esas imágenes con el mayor parecido en formas, en color y hasta en la imitación de la materia que están hechas si son escultóricas: una producción de esa clase debe ser el trasunto fiel del original; fuera, por supuesto, de las proporciones, imposibles de conservar en los trabajos editoriales. Para conseguirlo en cuanto es dable, ayuda poderosamente la Fotografía en todas sus diversas combinaciones; y ya que en obra de la índole de la que ha publicado el Sr. Alén no pueda convenir el uso de la Iconografía en el sentido riguroso á que acabo de referirme por razones económicas y de vulgarización, aún podría lograrse alguna mejora que diera á conocer con mayor exactitud el genio, repito, y la manera de hacer de los autores de los retratos que se ofrezcan de nuevo á la luz pública.

En resumen, el libro del señor López Alén es utilísimo para la instrucción de la juventud guipuzcoana, y en general de la española toda, á quien tiene que interesar la historia, siquier breve, de los hombres ilustres en él representados, servidores, en su mayor parte, eminentes en armas, ciencias y letras de nuestra patria. Puede decirse de esa obra lo que se consigna en la Introducción de una historia

universal, publicada en París al terminar el periodo revolucionario llamado del *Terror*, toda ella y según sus partes en forma de papeles ó cartas, «cuyas principales ventajas, decía su autor, son la de no sobrecargar con detalles la memoria de los niños; la de fijar sus ideas acerca de las personas más que acerca de las cosas, porque las primeras inspiran un interés más vivo y más determinado; en fin, la de presentar el más importante estudio bajo una forma recreativa»

Con las observaciones, pues, que me he atrevido á hacer á la Academia sobre el libro del señor López Alén, creo pudiera manifestarse al autor el aprecio con que se ha recibido una obra que, como la *Iconografía biográfica de Guipúzcoa*, puede producir resultados ventajosos para la instrucción, y estímulos poderosos en el ánimo de sus lectores para seguir los ejemplos que en ella se traen á su memoria.

La Academia, sin embargo, resolverá lo que crea más conveniente.

JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE.

Madrid, 5 de Mayo de 1899.

MICETOGRAFÍA DE GUIPÚZCOA

CARTA TERCERA

En el género *Morchella*, cuyos caracteres he descrito en mi carta anterior, se encuentra la especie: *Morchella esculenta* de Persoon llamada *Phallus esculentus* por Linneo (Esponjilla, Morchella, Cagarrias, Agárico de San Jorge, Múrgula). El pedicelo ó piececillo es blanco y cilíndrico y el sombrerillo ovoideo, oscuro y de olor agradable.

Habita en nuestros bosques viejos ó muy sombríos. Es especie que proporciona un alimento muy apreciado, sobre todo como condimento. Antiguamente era muy nombrado como afrodisiaco.

4.º *Hidnos*.—Los hidnos tienen el sombrerillo irregular y erizado por debajo con fibras alesnadas ó puntas. Entre las varias especies una es la que principalmente se encuentra en esta provincia, y es: